

Unidad 3

- El Método de la Dialéctica

- 3.1 Método metafísico y método dialéctico
- 3.2 De la metafísica a la dialéctica
- 3.3 El método crítico o trascendental
- 3.4 Reflexión trascendental y ciencias particulares

EL MÉTODO DE LA DIALÉCTICA

(LA REFLEXIÓN TRASCENDENTAL)

3.1 Método Metafísico y Método Dialéctico

No ha faltado en la historia de la filosofía el intento de buscar a la lógica un último fundamento en aquella supuesta ciencia de lo transempírico: la metafísica. Los pensadores que se empeñan en semejante propósito son más de los que habitualmente se calcula. Otra cosa es que todos por igual perciban su dependencia de aquella disciplina secular. Se da el caso de que lógicos de importancia rechacen el metafisicismo de pensar, dentro de un estilo metafísico de pensar.

El método metafísico es tan viejo como la filosofía misma. Se le puede caracterizar como aquella manera de considerar las cosas a manera de algo rígido, inmutable. Dentro de tal cuadro de ideas, se llega a admitir que los principios de las ciencias son inmovibles, eternos. Fue Parménides de Elea (540 a. de J. C.) quien acuñó por vez primera el metafisicismo en la especulación. "No existe devenir, el perecer; sólo lo inmutable es real. El cambio es ilusión de los sentidos; la razón, la única fuente de la realidad."

La consideración dialéctica de la existencia es el antípoda del metafisicismo. El método dialéctico considera que algo esencial de todo lo que existe es el cambio, el devenir. Incluso los principios científicos se encuentran sometidos a mutación, a un perenne transformarse. Sólo una cosa persiste y, a la verdad, en forma necesaria: el ritmo del cambio, la ley de las transformaciones. También Grecia a producido el genio filosófico que formuló la clásica expresión a esta manera de pensar: Heráclito de Efeso (544 a. de J. C.). Para él, es ilusión de los sentidos lo rígido e inmutable. "La existencia es un fluir inacabable; nadie puede bañarse dos veces en la misma agua de un río, porque siempre corre por el cause agua nueva".

3.2 De la Metafísica a la Dialéctica

La idea de lo absoluto, que se encuentra en la base de toda reflexión metafísica, encuadró, como pocas, en el modo y gusto del pensamiento medieval. Sería una contradicción el universo, sino estuviera regido por un ser inmutable y perfecto; por un ser más real que la naturaleza entera, por un *ens realissimum*, como repite desde entonces el escolasticismo. Todo lo demás, ya se trate de objetos individuales o de principios científicos, no estaría sino en relación de dependencia de aquel ente insuperable. La metafísica, dice Tomás de Aquino, se ocupa, "de ente sive substancia, de ente comuni et de ente primo, quod est a materia separatum". ". La metafísica es "scientia, quae considerat ens et ea quae sequuntur ipsum". En otro lugar habla de ella como de una "transphysica" y de una "scientia reliquarum scientiarum gubernatrix et reatrix", es decir, de una reina de las ciencias. En honor de Aristóteles hay que advertir que en sus escritos nunca apareció el vocablo "metafísica", el término de una ciencia de lo absoluto que correspondiera a esta "transphysica" escolástica. La designación de *prôte philosophia* (primera filosofía) fue empleada por él para la ciencia del ser en cuanto ser, así como de sus principios últimos.

Según eso, habría de investigar los principios comunes de todas las cosas como son forma, materia, causa y fin.

El renacimiento de Aristóteles significa sobre todo la restauración de su *próte philosophia*. Así, antepone Bacon (1561-1626) a todo filosofar una *philosophia prima*, a modo de una investigación acerca de las axiomas (principios eternos e inmóviles). También usa Hobbes (1588-1679), al iniciar su especulación, idéntico vocablo para cobijar una serie de problemas acerca de los conceptos fundamentales de espacio, tiempo, cosa, etc. Por su parte, Descartes (1596-1650) escribe sus “Meditaciones de *prima philosophia*” para exponer los principios humanos del conocimiento primordial. El Renacimiento, pues, conserva el absolutismo de la ciencia al par que combate la realidad del ultramundo, poco importa que se haya seguido usando el viejo vocablo de metafísica. En el fondo, se trata ya de una mera ontología, en el sentido en que, aproximadamente, hablará más tarde Wolff (1679-1754), al distinguir esta ciencia del ser en general, de la cosmología, de la psicología y teología racionales. Históricamente este hecho significa el desgajamiento de aquella ciencia secular, la escisión entre lo duradero y lo efímero de ella. Pero el esfuerzo auténticamente constructivo lo consuma Kant (1724-1804), al postformar la ontología en una “metafísica crítica”, cuya tarea sería exponer el sistema de las condiciones “a priori” de la experiencia, en oposición a una metafísica dogmática, que no se ocupa de seres reales, sino de ilusiones; que no parte de hechos, sino de ficciones del pensamiento; que no toma en cuenta fenómenos, sino nóúmenos. De este modo se vino a superar la metafísica tradicional de manera comprensiva: la ontología se convirtió en crítica de la razón, en lógica trascendental.

Con Fichte (1762-1814) la metafísica se disuelve en teoría de la ciencia. El principio absoluto de todo filosofar no se refiere a nada rígido: no es la traducción de sustancia alguna; es el “Yo absoluto”, concebido como acción, como movimiento. El principio de los principios deja de ser la forma inmóvil para convertirse en la ley del eterno desarrollo de los seres. Es impotente para dar noticia del absoluto una doctrina del ser (ontología); en su lugar es preciso colocar una doctrina del devenir (dialéctica). La ciencia del *ens realissimum* se tornaba ciencia del saber, ciencia de la ciencia, teoría de la ciencia.

Hegel (1770-1831) representa en la historia de la filosofía la superación definitiva de la lógica formalista. La idea de Kant de que la lógica (formalista) desde los tiempos de Aristóteles no había retrocedido un solo paso, ni podía dar uno hacía adelante, era falsa. Al contrario, esa ciencia, la lógica, requería, según Hegel, una completa transformación. La lógica de empezar con una doctrina del ser, ya que no existe un abismo entre pensamiento y realidad; pensar y ser son conceptos inseparables. Todas las cosas son cosas pensadas. ¿Quién puede hablar de algo que no sea algo pensado? Es preciso reiterar aquí que Hegel no entiende por pensamiento la vivencia subjetiva de la psique, sino la ley de las significaciones de los objetos. Con ese derecho borra la diferencia entre las categorías de la razón y las de la realidad hasta entonces admitida. Aún más: si el universo (la totalidad de lo real) es movimiento y transformación, es obligado atribuir al pensamiento idéntica estructura. Las leyes de la razón, los principios del logos no pueden ser

esquemas estáticos, cuadros rígidos e inmutables como enseñaba la lógica de los “Analíticos” de Aristóteles, sino regularidades que acusan la sucesión de los cambios, que delatan el ritmo de las transformaciones, “el paseo de las esencias”, en suma, dialéctica. De este modo, como alguna vez Platón lo consumó, se revalidaba lo fecundo de los sistemas de Parménides y de Heráclito en una síntesis superior.

La circunstancia de manipular Hegel los problemas del ser en vínculo constitutivo con los temas del logos, de reducir los problemas ontológicos a los dialécticos, ha dado lugar a que se designe su sistema con el nombre de lógica metafísica. El vocablo, por los demás, tiene poca importancia. Lo decisivo es que la ilusión de un pensamiento vacío, es decir, sin contenido, en el que se fundó la validez de la lógica formalista, se ponía de manifiesto al par que se le corregía en forma genial. Hegel, pues, no es lógico metafísico, como alguna historiología filosófica lo designa; más bien, es el lógico que llega a tener clara conciencia de lo que es la ciencia filosófica fundamental y que, con tacto histórico que jamás pensador alguno ha poseído, comprendió la muerte irremediable de la metafísica tradicional.

Hegel (1770-1831) representa en la historia de la filosofía la superación definitiva de la lógica aristotélica. Por desgracia, muchos de sus discípulos, quizás por lo profundo del sistema, no penetraron en su entraña, sobre todo en la noción del logos, que no pocas veces identificaron con la idea tradicional de espíritu, como si pudieran conciliarse espiritualismo y dialéctica. Entre otras cosas, por ejemplo, perdieron de vista la nota esencial de su filosofía de movimiento, ello es, dinámica. Su concepto del logos no era, ni con mucho, causa causarum, no era sustancia, como ya victoriosamente lo había refutado Juan Teófilo Fichte en su filosofía del “Yo absoluto”. El logos es el principio inmanente e informador de la existencia entera, la ley del cambio de las cosas singulares. Lo que ocurre es que la noción de ser es inseparable de la idea de devenir, del concepto de una necesaria evolución. Conocer una cosa dialécticamente significa situarla en la trayectoria de su camino, caracterizarla en función de su nacer y perecer, como lo han reiterado filósofos posteriores. La filosofía de Hegel no es un sistema heliocéntrico, referido al espíritu como punto inmóvil de la realidad; su filosofía no puede ponerse de cabeza, según el deseo del marxismo ortodoxo, porque no es un sistema donde se repiten los conceptos tradicionales de espíritu y materia ni, mucho menos, la relación causal del uno sobre el otro (de arriba hacia abajo, o viceversa). Su célebre fórmula de que “todo lo real es ideal”, es decir, el pensamiento de que la realidad sólo se comprende gracias a la ley dinámica de la dialéctica, debe valer como el epitafio de todo dualismo ontologista.

3.3 El Método Crítico, o Trascendental

Las leyes con arreglo a las cuales ciencia y moralidad, economía y arte, en suma, la cultura entera se encuentra en cambio incesante, se llaman categorías y valores. La filosofía, en este sentido, es la teoría de la dialéctica; pero dado su carácter fundamental, se denomina también a su método crítico (o trascendental).

a) La universalidad de la cultura

Ante todo conviene repetir que toda forma cultural es el resultado de una función originaria de la conciencia. Esto quiere decir, que todo producto cultural depende necesariamente de un trabajo patente de la propia conciencia.

¿Quién puede negar que sólo en ella se realizan los hechos culturales? La contemplación de una obra de arte (fenómeno estético), la obediencia de un precepto de derecho penal (fenómeno jurídico), así como el profundo sentimiento amoroso de un individuo hacia otro (fenómeno erótico), etc; son hechos que sólo tienen lugar en las conciencias empíricas. Ciertamente que el mismo fenómeno cultural, de hecho, se realiza en una pluralidad de individuos; que una misma obra de arte puede ser objeto de admiración de innumerables personas; que un mismo mandato jurídico impone la obediencia a una sociedad entera; que los mismos motivos amorosos impulsan, por igual, a un conjunto de hombres; es decir, que toda posesión o contenido de una conciencia individual, como se ha dicho reiteradamente, es susceptible de pertenencia colectiva, social; es posible, dicho de otro modo, que se lo apropien todos los sujetos que posean la voluntad y los medios para ello. No obstante, el fenómeno de cultura, como tal, siempre encontrará su campo de realización en el marco de una conciencia u otra; y esto, en gracia –quede destacado de una vez por todas– al carácter universal de la cultura, a la comunidad de la cultura.

Esta objetiva circunstancia ha incluido a los pensadores que siguen el método crítico-dialéctico y el fenomenológico a invertir el camino en la investigación. Si los fenómenos culturales se dan en la conciencia, si se producen exclusivamente en ella, no sólo es torpe sino inútil pretender buscarlos fuera de la conciencia. Lo que sea el arte, la moralidad, la religión, etc; en una palabra, lo que sean los valores culturales, no puede descubrirse más allá de esta actividad que se llama el darse cuenta del proceso cultural.

A diferencia, pues, de las vías inductiva y deductiva, el método filosófico de la reflexión trascendental comienza, como fácil es comprenderlo, por lo que se ha llamado el análisis de la conciencia. Esta tarea, a pesar de los términos empleados, no coincide con la de la psicología descriptiva. El método trascendental se encamina, exclusivamente, partiendo de los hechos, a descubrir aquellas maneras de ser de la conciencia –muy generales, por cierto– que determinan las distintas clases de los fenómenos culturales, indaga, por lo tanto, qué estructuras objetivas se presentan en cualquier conciencia, en una conciencia en general, cuando se realiza ora un hecho de la moralidad, ora uno de la religión, etc.; busca, en otras palabras, las leyes de la conciencia, es decir aquellas sus relaciones que nos permiten designar con el mismo nombre a un fenómeno cultural, por ejemplo, artístico, a pesar de que se haya producido en distintas épocas y en distintos individuos.

b) Las dos exigencias del método

Este camino metódico encierra, por lo tanto, dos exigencias. La primera es su relación intrínseca con los hechos de la cultura históricamente determinables: no quiere inventar de la nada, ni deducir de principios metafísicos las leyes de la cultura. La segunda busca, por su elevación a un

punto de vista superior, las condiciones inherentes las estructuras constantes, las leyes de todo hecho cultural. “Sin embargo, esta elevación metódica a un punto de vista superior, al que indica la palabra trascendental (de transcendere, trascender), no está reñida con la inmanencia del auténtico punto de vista de la experiencia, sino coincide con él; ya que no quiere ni imponer leyes desde fuera al hecho de la experiencia, ni marcarle anticipadamente el camino en el que ha de marchar, sino precisamente exponer en su pureza la ley por la que, como problema mismo, “es posible”, para confirmarlo en segura conciencia, de ésta su propia ley, y en su independencia también para su ulterior progreso, y defenderlo de toda extraña desviación. Así se convierte en método trascendental, en “crítico”: crítico, contra intromisiones metafísicas (es decir contra supuestas realidades no empíricas); crítico, contra un empirismo anónimo aborrecedor de la ley (pues todo fenómeno cultural es el producto de una función universal de la conciencia). Hace valer la autonomía de la experiencia tanto contra la heteronomía de un metafisicismo que quiera apoderarse de ella, como contra la anomía de un empirismo sin ley, aún más, de un empirismo enemigo de toda ley”.

c) Las tres fases del método

La reflexión trascendental tiene una meta de conocimiento: los valores y leyes de la cultura en tanto creación humana. El método para descubrirlos se escinde en tres fases.

1. Selección de la formación cultural concreta (factum) cuyos valores y leyes se trata de determinar.
2. Formulación de la hipótesis, esto es, noción anticipada de lo que se busca. En esta fase aparece aquel carácter del método de la crítica que lo distingue de la reflexión fenomenológica. En verdad, la fenomenología rechaza este proceder hipotético, ineludible para descubrir los valores y sus leyes.
3. Verificación de la hipótesis bosquejada en la segunda fase. He aquí un ejemplo en torno al concepto de un valor. Para descubrir lo que sea la esencia de la verdad, hay que recurrir al territorio de la cultura donde se realiza, a saber, la ciencia particular (1ª fase): considerar muy cuidadosamente los principios ideales de la matemática; analizar la estructura lógica de las leyes de la ciencia natural, así como la de las ciencias sociales; ver de descubrir la peculiar índole de las construcciones históricas, etc. En vivo contacto con este trabajo auténtico de las ciencias particulares, es preciso ensayar una hipótesis que satisfaga las condiciones de los conocimientos obtenidos mediante la prueba requerida en cada ramo del saber (2ª fase). Lograda en esta hipótesis, precisa finalmente el verificarla en los resultados múltiples del saber científico (3ª fase).

En la primera fase, se advierte que algunas ciencias son empíricas, ello es, se construyen a base observación y experimentación; otras, son ciencias ideales como las matemáticas, unas buscan leyes generales (física,

sociología...), otras describen hechos típicos o particulares (historia, geografía...).

¿Existe, a pesar de esta diversidad de ciencias, un concepto general de verdad? Sí, y se formula una hipótesis sobre él (2ª fase), a saber: lo verdadero es una cualidad que se realiza en la operación del juicio y que reside en la compatibilidad de lo afirmado o negado con las categorías y leyes lógicas aplicables. Así, en la biología son verdaderos juicios que no contradicen las categorías de causa-efecto, acción recíproca y demás, y que traducen en conocimientos las experiencias siempre renovadas de la investigación. El descubrimiento de las leyes de la herencia, de Mendel, es un ejemplo de este proceder.

La tercera fase, la verificación, es diversa según el tipo de ciencias. En la biología se trata de una verificación de experiencias; en las matemáticas, ésta no tiene que ver con causas y efectos, y en las ciencias sociales y la historia la prueba se verifica mediante las categorías de finalidad.

3.4 Reflexión Trascendental y Ciencias Particulares

El método de la reflexión trascendental se distingue de los métodos de las ciencias particulares: 1º., por cuanto aquélla hace objeto de reflexión a éstas (las rebasa, o trasciende); 2º., por cuanto no consiste en una inferencia deductiva, ni inductiva, ni analógica, ni estadística, sino en una marcha cuya meta, el descubrimiento de las constitutivas condiciones de la cultura, se logra mediante un riguroso análisis de la estructura cultural de que se trate, para verificarlas ulteriormente en los productos de la propia cultura.

El factum (hecho) materia de reflexión del método crítico (o trascendental) es la cultura realizada, algo real, concreto. De ahí se eleva este método a las estructuras generales. Primero la cultura hecha, dada, después la filosofía. Primero las ciencias particulares; después la lógica.